

## EL RECUERDO DEL TIEMPO PASADO

**E**N Navarra, como en el resto del País Vasco, la práctica del montañismo empezó hacia el año veinte. Era una afición incipiente, tímida, que recibió complacida el ansiado logro de la constitución de la Federación Vasca de Alpinismo, cuyas bodas de oro celebramos ahora. Ello trajo consigo la formación de secciones de montañismo, dentro del seno de varias sociedades y, sobre todo, una mayor relación entre los aficionados de diversas zonas. Los concursos y las fiestas que con ese motivo se celebraban, servían de estimulante.

Hay que reconocer que, viéndolo con una perspectiva actual, no comprendemos que, para ascender a Artxueta, fuese necesario descansar en el collado de Artzabal, donde la primera cruz, y allí almorzar. Luego, poco a poco, ya fuimos alcanzando metas más lejanas: Beriain, Irumugarrieta, Ori, Anie, Ortanzurrieta, pero, siempre, todo montañero debía de haber ascendido, como bautismo, a Izaga, a Elomendi y a todas estas cumbres que rodean a Pamplona, tales como Lakarri, Eransumendi y Erga, y que muchos de los de ahora, que conocen crestas del Pirineo, no las han subido. Pero eran tiempos en que la falta de medios de transporte hacían dificultosas las salidas.

El año 1940, tras una pausa por la guerra civil, se funda Montañeros de Navarra, compuesto por veteranos, y que tuvo, por diversas circunstancias, una vida efímera. Nace el Oberena, y con él, su sección de montañeros jóvenes. Un año después, el Club Deportivo Navarra, que aporta nueva savia. Puede decirse que estas dos sociedades han sido la simiente principal de toda la espléndida cosecha actual. Son unas veinticinco las sociedades navarras dedicadas al montañismo, que alegran y llenan de colorido, cada domingo, las cumbres de dentro y fuera del territorio foral.

Pero yo, un poco veterano, que he conocido las abarkas y los pesados impermeables de hule, las voluminosas mochilas, las botas con trikunis que llenaban los pies de ampollas cuando había que recorrer kilómetros de carretera, para empalmar combinaciones de autobuses o de ferrocarril, que he llevado la bicicleta en el norte o en el Irati, y que ahora voy al monte con botas de suela de goma y, por toda carga, una pequeña bolsa y un «canguro», me alegro sinceramente cuando contemplo la cantidad de pistas forestales, de autobuses, de turismos, de nivel de vida, que facilitan grandemente la práctica de nuestro querido deporte. Las montañas son mucho más asequibles, y ello, al masificarse el montañismo, a un grado tal que nunca lo hubiésemos pensado hace años, lo ha evolucionado totalmente. Y tiene, como es natural, cosas buenas y malas.

La faceta agradable, buena, es ver una sana juventud —ellos y ellas en alegre camaradería— que, alejándose los días festivos de las ciudades, recorren veredas y caminos en busca de la ansiada cumbre. El lado malo, el de los que, mezclados entre los verdaderos montañeros, alteran el silencio de los valles y de las cimas con gritos que parecen aullidos, con palabrotas y ensucian el suelo con desperdicios de la comida, que, si la han llevado hasta allí en sus mochilas, bien pueden devolverla hasta su casa por el mismo sistema. Esto y otras acciones —rotura de buzones, descerrejamiento de ermitas y bordas, gamberrismo— es lo que está creando un ambiente desfavorable al montañismo. Y hay que cortarlo de raíz, rápidamente, antes de que sea tarde, viendo el problema con objetividad, no queriendo disminuirlo diciendo que son unos pocos los inadaptados, ya que aun cuando fuesen una media docena —y, desgraciadamente, son más— siempre serán demasiados. Es una labor de educación en las sociedades deportivas, pues son ellas las que pueden conocer a estos elementos, y de vigilancia hasta extirparlos, por nocivos a la convivencia ciudadana.

Otra recomendación que me permito hacer a las sociedades montañeras, es la creación de secciones culturales, ya que el montañero —lo mismo que el cazador o pescador— puede hacer una labor muy interesante con la recogida de datos sobre toponimia, etnología, flora, fauna, geología, etc., ya que la esencia del montañismo no consiste en llegar a la cima y depositar su tarjeta, pues ese nunca será, o no debe ser, un fin. Todo lo más, un complemento de una labor cultural o de un contacto con la naturaleza.

Un dato positivo en el montañismo navarro, es el refugio de Belagoa, cuyo emplazamiento en el valle roncalés de su nombre, permite un acceso más cómodo a ese sector pirenaico. Y otro logro importante es la publicación de «Rutas montañeras», de los que han salido ya los tomos correspondientes a Roncal-Zuriza y Ory-Belate, de tanta aceptación, que ha tenido que publicarse la segunda edición del primero de ellos. Ello nos congratula grandemente a los que, hace bastantes años, nos teníamos que contentar con la lectura y asesoramiento del libro «Alpinismo navarro», del «Capitán d'Orhy».

Muchas veces, allí en las cumbres, en esa soledad que tantas veces añoramos en las ciudades, suelo recordar aquellas palabras de Guido Rey: «El escalar los picos es el medio. No termina allí la vida. Es el medio de formar y templar la juventud para la lucha inminente, para conservar la virilidad y el vigor, para retener la juventud que huye, y preparar para la vejez un tesoro de recuerdos sin remordimientos.» Y entonces pienso con afecto en tantos amigos —los que se fueron definitivamente, los que quedan— que hice en el monte. Así es el montañismo, «un tesoro de recuerdos sin remordimientos». Pero, para ello, es preciso la constancia y cierta elevación espiritual, ya que, sin esos dos elementos, el montañismo no pasará de ser una simple distracción.

*Tomás LOPEZ SELLES.*